

-Pero las lágrimas son necesarias. ¿No recuerda lo que dice Otelo? "¡Si tras cada tempestad vienen tales calmas, soplen los vientos hasta que despierten a la muerte!". Un indio viejo solía contarnos la historia de la Muchacha de Matsaki. Los jóvenes que querían casarse con ella, tenían que pasar una mañana cavando su jardín. Parecía fácil, pero había moscas y mosquitos encantados. La mayoría de los jóvenes no podían resistir las picaduras. Pero uno que pudo, aquél obtuvo la chica.

-¡Precioso pero en los países civilizados -dijo el Inspector- se pueden tener muchachas sin cavar para lograrlas; y no hay moscas ni mosquitos que le piquen. Hace ya siglos que nos hemos librado de ellos por completo.

Asintió el Salvaje frunciendo las cejas.

-Se han librado, cierto. Lo de siempre. Se libran de todo lo desagradable en vez de aprender a soportarlo. *Pero es más noble sufrir en el alma- los golpes y saetas de la suerte, -o tomando las armas contra un piélagos - de desgracias, triunfar de ellas al fin..<sup>1</sup>* Pero ustedes no hacen ni lo uno ni lo otro. Ni sufren ni luchan. Se contentan con abolir en redondo tiros y saetas. Demasiado fácil.

Calló bruscamente, pensando en su madre. En su cuarto del piso treinta y siete, Linda había flotado en un mar de canoras luces y perfumadas caricias, flotado fuera, fuera del espacio, fuera del tiempo, fuera de la prisión de sus recuerdos, de su hábitos, de su carne vieja y fofa. Y Tomakín, Ex Director de Incubación y Acondicionamiento, estaba también de vacaciones, huyendo de la humillación y la amargura en un mundo donde no podía oír aquellas palabras, aquellas risas burlescas, donde no podía ver aquella faz horrible, aquellos sudorosos y flácidos brazos en torno a su cuello, en un bellissimo mundo...

-Les hace falta -prosiguió el Salvaje- algo que cueste lágrimas. Nada cuesta aquí nada.

("Doce millones y medio de dólares -había protestado Henry Foster cuando el Salvaje se lo dijo una vez-. Doce millones y medio; tal es el costo del nuevo Centro de Acondicionamiento. Ni un céntimo menos").

-*Exponer lo mortal y lo inseguro -desafiando al azar, peligro y muerte - aunque por una cáscara de huevo sea tan sólo.<sup>2</sup>* ¿No vale eso nada? -preguntó mirando a Mustafá Mond-. Aun prescindiendo de Dios, y eso que Dios, desde luego, sería una razón para ello, ¿no vale nada vivir peligrosamente?

-¡Ya lo creo que vale! -replicó el Inspector-. Hombres y mujeres necesitan que se les estimule de tiempo en tiempo las glándulas suprarrenales.

-¿Qué? -preguntó, sin comprender, el Salvaje.

-Es uno de los requisitos de la perfecta salud. Por eso hemos puesto obligatorios los tratamientos de S. P. V.

1

Whether 'tis worthier in the mind to suffer  
The slings and arrows of outrageous fortune,  
Or to take arms against a sea of troubles,  
And by opposing end them.

(Hamlet, III, 1).

2

Exposing wath is mortal and unsure  
To all that fortune, death and danger dare,  
Even for an eggshell

(Hamlet, IV, 4)

-S. P. V. de el valor... El...  
-Sucedáneo de Pasión Violenta. Generalmente una vez. Irrigamos el organismo con adrenalina. Es el completo equivalente fisiológico del miedo y de la cólera. Todos los efectos tónicos de la muerte de Desdémona y el hecho de ser muerta por Otelo, sin ninguno de sus inconvenientes.

-Pero es que me gustan los inconvenientes.

-Pues a nosotros, no -dijo el Inspector-. Preferimos hacer las cosas cómodamente.

-Pero yo no quiero la comodidad. Yo quiero a Dios, quiero la poesía, quiero el verdadero riesgo, quiero la libertad, quiero la bondad. Quiero el pecado.

-En resumen -dijo Mustafá Mond-: usted reclama el derecho de ser desgraciado.

-Bueno, vaya -dijo el Salvaje-: reclamo el derecho de ser desgraciado.

-Sin hablar del derecho a envejecer y volverse frío e impotente; el derecho a tener sífilis y cáncer; el derecho a tener poco que comer; el derecho a ser piojoso; el derecho a vivir en constante inquietud por lo que ocurrirá mañana; el derecho a pescar la tifoidea; el derecho a ser atormentado por indecibles dolores de todas clases.

Siguió un largo silencio.

-Los reclamo todos -dijo por último el Salvaje.

Mustafá Mond se encogió de hombros.

-Por nosotros, concedidos

## CAPÍTULO XVIII

La puerta estaba entreabierta; entraron.

-¡John!

Del cuarto de baño vino un ruido desagradable y característico.

-¿Te pasa algo? -gritó Helmholtz.

No hubo respuesta. El ruido desagradable se repitió otras dos veces; nuevo silencio. Luego, con un clic metálico, la puerta del cuarto de baño abrióse y, muy pálido, apareció el Salvaje.

-¡Qué mala cara tienes, John! -exclamó Helmholtz solícitamente.

-¿Te ha sentado mal algo que has comido? -preguntó Bernard.

El Salvaje asintió con la cabeza.

-He comido civilización.

-¿Qué?

-Me ha envenenado; estaba manchado. Y entonces -agregó en voz más baja- he comido mi propio pecado.

-Bueno; pero ¿qué exactamente? ...Quiero decir ahora...

-Ahora ya estoy purificado -dijo el Salvaje-. He bebido mostaza en agua tibia.

Los otros le miraron pasmados.

-¿Quieres decir que lo has hecho a propósito? -preguntó Bernard.

-Así se purifican siempre los indios. -Sentóse y, suspirando, se pasó la mano por la frente-. Quiero descansar un momento -dijo-. Estoy algo cansado.

-Bueno, no me sorprende -dijo Helmholtz. Y tras un silencio-: Venimos a decirte adiós -prosiguió en otro tono-. Marchamos mañana por la mañana.

-Sí marchamos mañana por la mañana -dijo Bernard, en cuyo rostro observó el Salvaje una expresión nueva, de resuelta resignación-. Y de paso, John -continuó inclinándose sobre su silla y poniendo una mano en las rodillas del Salvaje-, querría decirte cuánto deploro lo ocurrido ayer. -Enrojeció-. Cuán avergonzado estoy -prosiguió, a pesar de lo incierto de su voz-; cuánto, en realidad...

El Salvaje, paróle en seco y, tomando su mano, se la estrechó afectuosamente.

-Helmholtz se ha portado muy bien conmigo -continuó Bernard tras una breve pausa-. Si no llega a ser por él, habría...

-¡Calla, calla! -protestó Helmholtz.

Hubo un silencio. A pesar de su tristeza -a causa de ella quizá, pues su tristeza era el síntoma del afecto que sentían unos por otros-, los tres jóvenes se sentían felices.

-He ido a ver al Inspector esta mañana -dijo por fin el Salvaje.

-¿Para qué?

-Para preguntarle si podía ir a las islas con vosotros.

-Y ¿qué ha dicho? -preguntó ávidamente Helmholtz.

El Salvaje meneó la cabeza.

No ha querido dejarme.

-¿Por qué?

-Dice que quiere continuar el experimento. Pero, que me lleven los demonios -agregó el Salvaje, con un súbito furor-, que me lleven los demonios si continuó siendo sujeto de experimentos. Ni por todos los inspectores del mundo. También yo me iré mañana.

-Pero ¿adónde -preguntaron los otros a coro.

El Salvaje se encogió de hombros.

-A cualquier sitio. Lo mismo me da. Con tal de que pueda estar solo.

Desde Guildford, la línea descendente seguía el valle de Wey hasta Godalming. Luego, por encima de Milford y Witley, se dirigía a Haslemere y, cruzando Petersfield, hacia Portsmouth. Aproximadamente paralela a ella, la línea ascendente pasaba sobre Worplesden, Tongham, Puttenham, Elstead y Grayshott. Entre Hog's Back y Hindhead, había sitios en que ambas líneas no estaban separadas más que por cinco o seis kilómetros. La distancia era demasiado pequeña para los aviadores descuidados, particularmente de noche y cuando habían tomado un medio grado de más. Había habido accidentes. Algunos serios. Se decidió desviar la línea ascendente algunos kilómetros al Oeste. Entre Grayshott y Tongham cuatro faros aéreos abandonados señalaban la dirección de la antigua ruta de Portsmouth a Londres. El cielo sobre ellos estaba ahora silencioso y desierto. Por encima de Selborne, Borden y Farnham, era por donde pasaban sin cesar los helicópteros, zumbando y rugiendo.

El Salvaje había escogido para su eremitorio el viejo faro situado en la cima de la colina entre Puttenham y Elstead. El edificio era de cemento armado y hallábase en excelente estado, casi con demasiadas comodidades, pensó el Salvaje cuando por primera vez exploró aquellos lugares, casi demasiado lujosamente civilizado. Tranquilizó su conciencia prometiéndose compensarlo mediante una autodisciplina más dura, con purificaciones más completas y radicales. Su primera noche en el eremitorio fue deliberadamente una noche de insomnio. Pasó las horas rezando de hinojos, ya el Cielo del que el culpable Claudio mendigó su perdón, ya en zúñi a Awonawilona, ya a Jesús y Fukong, ya a su propio animal tutelar, el águila. De tiempo en tiempo extendía sus brazos cual si estuviese en una cruz, y tenía los así durante largos minutos de dolor que aumentaba gradualmente hasta convertirse en trémula y penosa agonía; tenía los así, en voluntaria crucifixión, mientras repetía, con los dientes apretados (el sudor, entre tanto, corría por su faz):

-¡Oh, perdóname! ¡Purifícame! ¡Oh, ayúdame a ser bueno! -una y otra vez, hasta estar a punto de desfallecer de dolor.

Cuando vino la mañana, sintió que había ganado el derecho de habitar en el faro; sí, aunque hubiese cristales en casi todas las ventanas, aunque tuviese tan buenas vistas desde la plataforma. Pues la propia razón por qué escogió el faro había se convertido casi instantáneamente en una razón para irse a vivir a cualquier otro sitio. Había decidido vivir allí por las buenas vistas, porque, desde aquel descolgado punto, le parecía contemplar a lo lejos la encarnación de un ser divino. Pero ¿quién era él para verse colmado diariamente, y aun cada hora, con la visión de la belleza? ¿Quién era él para vivir en la visible presencia de Dios? Todo cuanto merecía para vivir era alguna inmundicia zahúrdica, algún sombrío agujero bajo tierra.

Encorvado y dolorido tras su larga noche de penitencia, pero por la misma razón interiormente tranquilo, trepó a la plataforma de su torre, y miró el resplandeciente mundo del amanecer donde había reconquistado el derecho a habitar. Al Norte, la vista estaba limitada por la larga arista gredosa del Hog's Back, detrás de cuya extremidad oriental alzábanse las torres de los siete rascacielos que formaban Guildford. Al verlos, hizo el Salvaje una mueca; pero con el tiempo llegaría a reconciliarse con ellos; pues por la noche titilaban alegremente con geométricas constelaciones, o bien, iluminados por los reflectores, señalaban con sus dedos luminosos (con un ademán cuyo significado nadie, salvo el Salvaje, comprendía a la sazón en Inglaterra) solemnemente hacia los insondables misterios de los cielos.

En el valle que separaba el Hog's Back de la arenosa colina en que se emplazaba el faro, Puttenham era un modesto pueblecillo, de nueve pisos, con silos, una granja de avicultura y una pequeña fábrica de vitaminas D. Al otro lado del faro, hacia el Sur, la tierra descendía en largas pendientes pobladas de malezas hasta una cadena de lagunas.

Más allá, descolgando de los bosques intermedios, se erguía la torre de catorce pisos de Elstead. Esfumadas entre el brumoso ambiente inglés, Hindhead y Selborne atraían los ojos con su azul lejano y romántico. Pero no eran tan sólo las lejanías las que habían atraído al Salvaje a su faro; las inmediaciones eran tan seductoras como aquéllas. Los bosques los campos llenos de brezos y amarillas retamas, los sódilos de pinos de Escocia, las luminosas charcas con sus esbeltos abedules, sus nenúfares, sus lechos de juncos, todo era muy bello, y, para unos ojos acostumbrados a la aridez del desierto americano, asombroso. ¡Y qué soledad! Se pasaban los días sin ver un ser humano. El faro estaba sólo a un cuarto de hora de vuelo en la Torre de Charing-T; pero las montañas de Malpais difícilmente serían más solitarias que esta tierra de Surrey. Las muchedumbres que diariamente dejaban Londres, dejábanle sólo para ir a jugar al golf electromagnético o al tenis. Puttenham no tenía campos; y las pistas de Reimann, más próximas, estaban en Guildford. Flores y paisajes eran aquí las únicas atracciones. Y como no había ninguna razón para venir, nadie venía. Durante los primeros días, el Salvaje vivió sólo y tranquilo.

La mayor parte del dinero que a su llegada recibió John para sus gastos, había gastado en equiparse. Antes de dejar Londres, compró cuatro mantas de lana de glutina, cuerdas y bramantes, clavos, coña, algunas herramientas, cerillas (si bien pensaba más adelante construirse un parahuso para hacer fuego), algunos pucheros y cacerolas, dos docenas de paquetes de semillas y diez kilogramos de harina de algodón.

-No harina artificial de almidón sintético y residuos de algodón -había insistido-. Aun cuando sea más nutritiva.

Pero cuando se trató de las galletas panglandulares y de la carne de vaca artificial vitaminada, no pudo resistir a la persuasiva elocuencia del tendero. Contemplando ahora los botes de hojajata, se reprochaba su debilidad amargamente. ¡Odiosos productos civilizados! Había resuelto no comerlos nunca, aun cuando se muriese de hambre.

"Así aprenderán", pensó vindicativamente. Así aprendería él también.

Contó el dinero. Lo poco que le quedaba le bastaría, a su parecer, para pasar el invierno. Desde la próxima primavera su huerto le produciría con qué hacerse independiente del mundo exterior. Mientras tanto, siempre habría caza. Había visto muchos conejos, y había también aves acuáticas en las lagunas. Empezó a hacer un arco y flechas.

Crecían fresnos junto al faro y, para las astas de las saetas, todo un sotillo de avellanos jóvenes, magníficamente derechos. Comenzó por derribar un fresno joven, cortó unos dos metros del tronco sin ramas, le descortezó y, capa por capa, quitó toda la albura, como el anciano Mitsima le había enseñado, hasta que quedó una vara de su altura, rígida y gruesa en el centro, nerviosa y viva en los adelgazados extremos. El trabajo prodújole un intenso placer. Tras aquellas semanas de ociosidad en Londres, sin tener que hacer más, cuando quería alguna cosa, que oprimir un conmutador o dar vuelta a una manivela, era una pura delicia hacer algo que precisara habilidad y paciencia.

Había casi terminado de labrar la vara, cuando se dio cuenta con sobresalto que estaba cantando, ¡cantando! Fue como si se cayese desde fuera dentro de sí mismo; se había traicionado de súbito, cogido a sí mismo en flagrante delito. Enrojeció como un culpable. No había venido allí para divertirse y cantar, sino para escapar de la contaminación inmundicia de la vida civilizada; sino para purificarse y hacerse bueno, para redimirse mediante el trabajo. Comprobó, entristecido, que, absorto con la talla de su arco, había olvidado lo que se juró a sí mismo recordar siempre: la pobre Linda, y su dureza asesina para con ella, y aquellos odiosos gemelos, bullendo como piojos en torno al misterio de su muerte, insultando con su presencia, no sólo su propia pena y arrepentimiento, sino a los dioses mismos. Había jurado recordarlos siempre, había jurado repararlos incesantemente. Y he aquí que estaba, sentado, trabajando feliz en la vara de su arco, cantando, sí, cantando... Entró, abrió la caja de mostaza, y puso a calentar agua en el fuego.

Media hora después, tres Deltas-Menos, trabajadores del campo de uno de los Grupos Bokanowsky de Puttenham, que por causalidad iban en un camión a Elstead, vieron atónitos, desde la cima de la colina, un joven de pie ante el faro abandonado, desnudo hasta la cintura, azotándose con unas disciplinas de cuerdas con nudos. Su espalda estaba listada horizontalmente de escarlata y de cada una de estas listas corrían hilillos de sangre. El conductor paró el camión a un lado del camino y contempló, juntamente con sus dos compañeros, boquiabierto y con los ojos desorbitados, el extraordinario espectáculo. -Uno, dos, tres-, contaron los golpes. Al octavo, el joven interrumpió su autocastigo, y corrió a la orilla del bosque a vomitar violentamente. Cuando hubo terminado, cogió las disciplinas y comenzó a azotarse otra vez. Nueve, diez, once, doce....

-¡Ford! -murmuró el chofer. Y sus gemelos fueron de la misma opinión.

-¡Fordey! -dijeron.

Tres días después, como buharros sobre una carroña, vinieron los reporteros.

Seco y endurecido sobre un fuego manso de leña verde, estaba presto el arco. El Salvaje estaba ocupado en su flechas. Treinta varas de avellano habían sido cortadas y secadas, provistas de un agudo clavo y con la necesaria muesca. Había hecho cierta noche una escapatoria a la granja avícola de Puttenham, y tenía las suficientes plumas para equipar toda una armería. Estaba emplumando las astas de las flechas, cuando halló el primero de los reporteros. Sin hacer ruido, a causa de sus zapatos neumáticos, acercósele por la espalda.

-Buenos días, míster Salvaje -dijo-. Soy el corresponsal del *Radio Horario*.

Sobresaltado como por la picadura de una víbora, el Salvaje se puso en pie de un salto, desparramando en todas direcciones flechas, plumas, cola y pincel.

-Usted dispense -dijo el reportero, sinceramente apenado-. No tenía intención...

Llevóse la mano al sombrero (el tubo de chimenea de aluminio en que llevaba su receptora y emisora de radio).

-Dispéñeme que no me lo quite -dijo-. Es un poco pesado. Bueno, como iba diciendo, soy el representante del *Radio*...

-¿Qué desea? -preguntó el Salvaje, mirándole de soslayo.

El reportero devolvióle, en cambio, su más agradable sonrisa.

-Bueno, nuestros lectores se interesan... amablemente por...

Púsose de perfil, su sonrisa tomó un tinte de coquetería.

-Sólo una palabras tuyas, míster Salvaje.

Y rápidamente, con una serie de movimientos rituales, desarrolló dos alambres conectados a la batería portátil que llevaba arrollada a la cintura; enchufóla simultáneamente en los lados de su sombrero de aluminio; tocó un resorte en la copa, y surgieron antenas; tocó otro en el borde, y como un muñeco de una caja mágica, salió el micrófono y quedó suspendido temblequeando a quince centímetros de su nariz; bajó los dos receptores hasta sus orejas; apretó un conmutador en el lado izquierdo de su sombrero, y del interior llegó un ligero zumbido de avispas; giró un botón hacia la derecha, y el zumbido interrumpióse por un silbido y un tosiqueo estetoscópicos, por hipos y chillidos repentinos.

-¡Hola! -dijo al micrófono-, ¡hola, hola!

Sonó un timbre en el sombrero.

-¿Eres tú, Edzel? Aquí habla Primo Mellon. Sí, le he descubierto. Míster Salvaje va a coger ahora el micrófono y decir unas palabras. ¿No es cierto, míster Salvaje?

Miró al Salvaje con una de sus sonrisas atrayentes.

-Sólo decir a nuestros lectores por qué se ha venido aquí. Por qué ha abandonado tan inopinadamente Londres (no cortes, Edzel), y no deje de hablar de su látigo.

El Salvaje se sobresaltó. ¿Cómo habían llegado a saber lo del látigo?

-Estamos todos impacientes por saber algo de él. Y díganos algo sobre la Civilización. Ya entiende lo que quiero decir: "Lo que pienso sobre la mujer civilizada". Sólo unas pocas palabras, muy pocas.

El Salvaje obedeció con una desconcertante literalidad. Pronunció cinco palabras, ni una más, las mismas que le dijo a Bernard sobre el Archichante de Canterbury:

-Hani! Sons éso tse-ná!

Y cogiendo al reportero por un hombro, le hizo girar en redondo (el joven se reveló como tentadoramente almohadillado), se preparó y, con toda la fuerza y la destreza de un futbolista consumado, le pegó una patada prodigiosa.

Ocho minutos después, una nueva edición del *Radio Horario* se vendía en las calles de Londres. "Un reportero del **RADIO HORARIO** recibe del salvaje misterioso un puntapié en el cóccix", decían los titulares de la primera plana. "Sensación en Surrey".

"Y en Londres", pensó el reportero cuando, a su regreso, leyó estas palabras. Y lo que era aún peor, muy dolorosa. Y se sentó a comer con infinitos cuidados.

Sin escarmentar por la significativa contusión de su acoceado colega, cuatro nuevos reporteros, corresponsales del *Times*, de Nueva York, el *Continuum de Cuatro Dimensiones*, de Francfort, *El Monitor de la Ciencia Fordiana*, y *El Espejo de los Deltas*, llegaron aquellas misma tarde al faro y hallaron recibimientos de violencia progresivamente acelerada.

Desde una prudente distancia, y frotándose aún la rabadilla:

-¡Extraviado ignorante! -gritóle el de *El Monitor de la Ciencia Fordiana*-, ¿por qué no toma soma?

-¡Largo de aquí!

El Salvaje le enseñó el puño.

Retiróse el otro algunos pasos, y volvió.

-El mal no existe si se toman dos gramos.

-¡Kchkwa iyathokyai!

El tono era de amenazador sarcasmo.

-El dolor es una ilusión.

-¿De veras? -dijo el Salvaje; y tomando una gruesa vara de avellano, avanzó hacia él.

El de *El Monitor de la Ciencia Fordiana* dio un salto hacia su helicóptero.

Tras esto se dejó algún tiempo en paz al Salvaje. Sólo algunos helicópteros vinieron a planear curiosamente alrededor de la torre. Lanzó una flecha al que se acercaba más importunamente. Atravesó el suelo de aluminio de la cabina; se oyó un agudo chillido, y el aparato dio un salto en el aire con toda la celeridad que le permitió el supercargador. En adelante, guardaron los demás respetuosamente las distancias. Desdeñando su fastidioso zumbido (comparábase *in mente* a uno de los pretendientes de la Doncella de Matsaki, impasible y constante entre los alados bichos), cavaba el salvaje lo que había de ser un huerto. Al cabo de algún tiempo, los bichos se cansaban y marchábase; durante horas enteras, el cielo estaba vacío sobre su cabeza, y, salvo las alondras silenciosas.

El tiempo era pesado y caluroso; se mascaba la tormenta. Había cavado toda la mañana